

del Castillo, Pedro Ximenez Panyagua, Johan Platero, Joan Martín, Anton Fernandez, portugués, Nicardo, francés. Cada uno dellos se aparejó é provuyó de casquetes é guantes é lo que más les convino: é mandó el gobernador alargar diez braças de cadena, é fueron con las que primero tenia veynte é quatro braças. Y el mártes por la mañana, postrero de abril de mill é quinientos é treynta y ocho, despues quel frayle se ovo metido en el balso é le ovieron encomendado á Dios é començaron á lo meter, el gobernador se fué de la otra parte contraria por le ver mejor entrar; y en fin él baxó é despues dél otros dos juntos, que eran Pedro Ximenez y el Nicardo. É volvió el balso ó çincho arriba é baxaron otros dos, que eran Panyagua é Johan Platero, estos baxaron riñendo; é tornando el balso á subir, baxaron Johan Martín é Anton Fernandez, portugués, é venian maltractados de las piedras que caian, é riñendo como los otros; però á essos otros se les quebraron las vassijas de agua en el camino é quedaron con poca agua. É pasóseseles lo restante de aquel dia en meter otra viga con su roldana al cabo, por dó avian de baxar las cadenas al metal, porque la que la otra vez metieron, el frayle la avia echado en el fuego por ver si haçia llama. La siguiente noche, ya puesta muy bien su viga, é con su cadena é polea, avia en la cadena que avian de meter çon el mortero tres señales en la cuerda, una braça apartada una de otra, con çiertas hilachas ó cabos de sogas blancos para que mejor se determinasse el mortero allá abaxo, quando aquellas se ençendiessen.

Despues que estuvieron juntos los de abaxo, se hincaron de rodillas é hiçieron oraçion; é despues de aver hecho su plegaria, metieron el mortero quatro veçes, y en las dos no sacaron nada, porque no llegaban abaxo, aunque ellos pensaban

que sí: é la terçera vez salió el mortero de hierro atapada la boca, con grand bulto de escorias é pesso mucho, é pensaban por esso que traian algo; é subido arriba, no avia sino escorias. Tornado á meter la quarta vez, entraron diez é siete ó diez é ocho braças de cadena; é como la escoria está grande é tan gorda no dexó passar el mortero abaxo al metal derretido, é quedóse allá con aquellas braças de cadena, la qual era delgada, poco más gorda que la guarniçion de una espada, y el resto de la cadena salió colorada, como si saliera de una fragua, no derretida sino colorada; é la sogas salió por muchas partes quemada é chamuscada.

Hecho esto, luego desde arriba les baxaron agua é una carta del gobernador, en que les deçia que le enviassen de lo que avian sacado é de la tierra que estaba cabe las vetas: é assi se le subieron unas piedras pequeñas é pessadas, de las de la plaça, é algunas escorias de las que se avian sacado de la caldera. Lo qual visto arriba, quedaron descontentos muchos que lo estaban ahí esperando, é cada qual se fué por su parte á la çibdad; pero todavia fray Blás porfiaba que aquella materia que allí anda derretida es metal, por muchas raçones quel quiere dar conformes á su cobdiçia, que no le deben ser creydas. É para que se le crean, diçe que todas las personas doctas que hasta estonçes avian llegado á ver aquel infierno, son de su opinion, conviene á saber: fray Francisco de Bobadilla, de la Orden de la Merçed, y el maestro Alonso de Roxas, clérigo, é fray Bartolomé de las Casas, de la Orden de los Predicadores, é fray Johan de Gandabo, de la Orden de Sanct Francisco; é que todos essos deçian que aquello era metal, á su paresçer: á lo menos ninguno dessos que este padre nombra, negará quel no estaba tenido por hombre de tantas letras co-

mo cobdiçioso, porque yo los conosco muy bien á todos, exçepto al Gandabo; pero en fin el mesmo fray Blás diçe que de çierto no se sabe que aquello sea metal, porque el gobernador de aquella proviñcia no avia consentido que otros entren allí. É habla este padre con mucho fervor é afiçion, porfiando que aquella materia que en aquella sima arde es plata, é que todos ó los más lo juzgan por açufre; y en la verdad assi me paresçió á mí, é me paresçe quel gobernador, como sabio é prudente, é porque le paresçió notoria liviandad la deste frayle, no queria que los hombres se pusiesen á tan notorio peligro; é cómo Rodrigo de Contreras, á cuyo cargo está aquella tierra por Sus Magestades, es cavallero prudente, haçia muy bien en no consentir que aquella temeraria opinion desse padre, é de otros cobdiçiosos que con él andaban embelesados con la opinion de baxar á aquel infierno, proçediessen adelante: antes si fuera otro gobernador, le maltractara á él é á los demás por su loca osadia. É no queria el gobernador que sin consulta del Emperador, frayle ni otro hombre entendiese en aquello: ni el frayle tenia liçençia de su perlado para estar allí, ni para haçer essos juramentos é capitulaçiones quel hiço, ó á los otros cobdiçiosos que con él se juntaron, exhortados por él; y en mucho peligro de su ánima é consciençia hiço todo lo que hiço, é assi lo he yo oydo platicar é culparle otros religiosos de su mesma Orden, muy letrados é de auctoridad, é aquella osadia no le llama ni llamará ningun prudente ni discreto varon çelo de servir á Dios ni al Rey, sino espeçie de hurto, é querer él por aquella via nesçesitar para capitular despues con su Magestad, si por caso salia el efetto al propósito del frayle. Diçe assimesmo su relacion, quel gobernador les tornó á escribir, estando él en persona mirando la si-

ma, que pues no queria subir que subiese más tierra de cabe las vetas para que se pudiesse haçer ensayo; é como no tenia barreta ni herramienta para ello, más de aquel martillo ques dicho, con él el frayle é Johan Platero arrancaron lo que pudieron, é pusieronlo en una çesta. Este Johan Platero deçia que sin dubda aquello que estaba derretido en la caldera era oro derretido. Estonçes, cómo le oyó deçir esto el Pedro Ximenez, dixo que se fuessen todos, que aquella veta más principal que está haçia la parte de Leon, quel la tomaba en nombre de su señor Alonso Calero.

Otro de los que estaban abaxo, que se deçia Panyagua, dixo que se fuessen todos, que otra veta quel señalaba á la parte de Momborima, ques un pueblo de indios, la tomaba para su señor Francisco de la Peña, primo del gobernador.

Cómo el frayle oyó esto, creyendo ó barruntando que sus amos les avian mandado arriba que assi lo hiçiessen, antes que allá entrassen, dixo: «Sedme testigos que yo no tomo essa veta ni essotra, sino que tomo essa caldera de metal que allá abaxo hierva, en nombre del Rey, nuestro señor, é del mio é de mis compañeros»: de lo qual se rieron todos.

Despues de esto començaron á reñir los unos con los otros, é á se amenaçar para quando oviessen salido de allí; y en tanta manera cresçió la reñilla, que quantas calabaças de agua les baxaban quebraban por reñir, no tirando como avian de tirar la cuerda. Pero el frayle los hiço allí amigos, é subieron de dos en dos, cada uno con el que avia baxado esta terçera vez: que era Pedro Ximenez y el Nicardo, Panyagua é Johan Platero, Johan Martín é Anton Fernandez, portugués; y el frayle subió á la pòstre con la çesta para haçer el ensayo de la tierra que en ella se sacó, é cómo fué arriba, la presentó al gobernador. Lo

qual despues el gobernador en Leon lo mandó ensayar, é no salió nada.

No cansado el frayle é los demás de su bando, suplicaron é aun requirieron al gobernador que les diesse liçençia para tornar á entrar en aquel infierno, é no se la quiso dar, ni permitir quessos ni otros allá fuessen á entrar en aquella sima. É á esta terçera vez quel frayle é los otros seys ques dicho entraron, el gobernador estuvo pressente, con otros muchos que los vieron entrar é salir.

Grand paciència es la que ha menester é mucha prudencia el gobernador para contentar á los súbditos de su jurisdiccion, y en espeçial á algunos tan desatinados como andaban inducidos por este frayle: que como él no ponía dineros en el negocio, ni le dolían los que los simples compañeros avian gastado, ni le penaba que se acabassen de perder trás sus palabras. Pero como dicho es, el gobernador, viendo el notorio peligro é aventura en que aquellos querian traer sus vidas é sus haciendas, no les quiso dar lugar á que se perdiessen; é aun porque todos aquellos aparejos é xarcias subian los cuitados indios por aquellas breñas é sierras con exçesivo trabaxo, de que tampoco se dolía fray Blás ni su compañía.

Digo yo que dar liçençia para entrar allí á algun chripstiano, no osara haçer ningun gobernador cathólico, si no fuesse desapiadado é cruel é de poca consciencia, quanto más que bastaba ya lo experimentado para sacar á este padre é á los demás de su falsa opinion, é que se conformassen con el paresçer de innumerables, que todos creen ques aquel licor piedra açufre.

Otras muchas cosas é novedades cuenta el frayle en su relacion de poco fructo, en espeçial otro nuevo juramento quel é otros quatro de sus compañeros hicieron ençima de los Evangelios, é les tomó el frayle françés fray Johan de Gandabo, de

permanesçer en su errada ó vana opinion. É dá assimesmo anchas raçones en fin de todo para que se le crea que aquella materia que allí hierva en aquella profunda sima es metal, é que no es boca de infierno ni espiradero dél ni agua; é diçe que aquel ruydo tan grande que allá anda, no es sino de metal, é no salitre ni piedra açufre, como algunos quieren decir. É diçe que tampoco es hierro ni cobre y concluye que es oro ó plata ó juntamente oro é plata. Y afirma que los que diçen ques plata, esos traen más raçon; é yo pienso quel é los tales están fuera della, é que no lo entienden. Ni yo aqui pusiera esto, sino porque me paresçe conviniente, por lo que agora diré: lo primero, porque de nesçessidad aquel hoyo é sima ha de tener otra dispusiccion é vista allá abaxo muy diferente de la que de arriba pueden ver é considerar los que desde donde yo lo ví lo han visto ó lo vieren, é aquesto cuéntalo bien este padre, aunque en la distançia é braças de la hondura no diçen todos tantas como él; é yo he oydo despues al gobernador Rodrigo de Contreras, que lo vido é se halló pressente la terçera vez quel frayle é los que he dicho que allí entraron; é aun diçe que despues que entran en aquella profundidad, hay otra dispusiccion, é cada dia la hay é se hunde más tierra en torno de aquella plaça donde esos llegaron. Lo segundo que me movió á sacar ó poner aqui esta suma de la relacion deste padre fray Blás, es porque se sepa un tan temerario acometimiento como este religioso tuvo, en que no solamente aventura la vida sino el ánima, á lo que paresçe. Y en fin, todo ello es para dar loores á Dios en todo lo ques dicho, é no dexar de dárselos por le aver librado de su desatino é cobdiçia á él é á los quel movió é truxo á su opinion. Passemos adelante á otras cosas notables.

CAPITULO XI.

En el que se tracta de los areytos é de otras particularidades de la gobernaçion de Nicaragua é sus anexos, é assimesmo de algunos ritos é çerimonias de aquella gente, demás é allende de los que la historia ha contado.

Acostumbraron los antiguos (en el otño) acabados de coger los frutos de la tierra, que se juntaban los hombres en los templos é haçian fiestas é sacrificios, haçiendo plaçer á sí mesmos é honra á sus dioses¹. Pues luego, si tal costumbre ovo antigua, y entre gente de tanta raçon, no es mucho que los indios lo hagan. É assi digo que en la plaça del caçique Viejo, que assi le llaman, porque él era muy viejo (é yo le conosco é hablé), pero su proprio nombre fué Agateyte, é su plaça é señorío se decía Te-coatega, era uno de los mayores señores de aquella gobernaçion de Nicaragua, é tenia seys mill hombres de hecho de arco é flecha, é más de veynte mill vassallos entre hombres é mugeres chicos é grandes. Y halléme un dia á ver un areyto, que allí llaman *mitote*, é cantar en coro, como los indios suelen haçerlo, y era acabando de coger el fructo del cacao, que son aquellas almendras que entre aquella gente corren por moneda, é de que haçen aquel brevage que por tan exçelente cosa tienen; y fué de aquesta manera. Andaban un contrapás hasta sesenta personas, hombres todos, y entre ellos çiertos hechos mugeres, pintados todos é cón muchos y hermosos penachos é calças, é jubones muy bigarrados é diverssas labores é colores, é yban desnudos, porque las calças é jubones que digo eran pintados, é tan naturales que ninguno los juzgara sino por tan bien vestidos como quantos gentiles soldados alemanes ó tudescos se pueden ataviar.

Y essa pintura era de borra de algodón picado (é primero hilado), que lo haçen quedar como la borra que dexan las tixerias de los tundidores, y era de quantas colores puede aver, é aquellas muy finas. Algunos llevaban máscaras de gestos de aves, é aquel contrapás andabanlo alrededor de la plaça é de dos en dos, é desviados á tres ó quatro passos; y en medio de la plaça estaba un palo alto hincado de más de ochenta palmos, y ençima en la punta del palo estaba un ydolo assentado é muy pintado, que diçen ellos ques el dios del *cacaguat* ó cacao: é avia quatro palos en quadro puestos en torno del palo, é revuelto á esso una cuerda de bexuco tan gruesa como dos dedos (ó de cabuya), é á los cabos della atados dos muchachos de cada siete ú ocho años, el uno con un arco en la mano, y en la otra un manojo de flechas; y el otro tenia en la mano un moscador lino de plumas, y en la otra un espejo. Y á çierto tiempo del contrapás, salian aquellos muchachos de fuera de aquel quadro, é desenvolviéndose la cuerda, andaban en el ayre dando vueltas alrededor, desviándose siempre más afuera é contrapessándose el uno al otro, destorçió lo cogido de la cuerda; y en tanto que baxaban esos muchachos, dançaban los sesenta un contrapás, muy ordenadamente, al son de los que cantaban é tañian en çerco atambores é atabales, en que avria diez ó doçe personas cantores é tañedores de mala graçia, é los dançantes callando é con mucho silencio.

¹ Aristóteles, Eth., cap. VIII.